

MONACATO URBANO

Pensaba hace seis años escribir algunas reflexiones sobre las grandes ciudades y el éxodo de los monasterios urbanos, cuando debí integrar el grupo de monjas designando para una fundación en las sierras de Córdoba, lo cual por analogía significaba un monasterio "rural". Todas mis reflexiones no servían para el naciente monasterio; a la vez, la necesidad de pensar éste, de oír su diálogo con el medio, me impidieron seguir madurando mis ideas sobre el "monacato urbano". Retomo ahora aquellos pensamientos, haciendo la aclaración de que solamente se refieren al monacato *femenino*; no osaría hablar sobre lo que no tengo conocimiento.

Creo que debe haber tres clases de monasterios: rurales, urbanos y suburbanos. Cada uno de estos tipos de monasterio tiene razón de ser y responde a un tipo de vocación, así como a un estilo de presencia en el mundo. Y me refiero a monasterios, no a casas religiosas de vida activa. Y más particularmente a monasterios benedictinos.

Nuestras llanuras, nuestras sierras, nuestros desiertos, nuestros montes del sur y del norte, del este y del oeste, deben ver brotar monasterios. Tratándose de mujeres que deben vivir de su trabajo, requieren condiciones de posibilidad de venta y de adquisición. También una cierta proximidad —en Argentina significa siempre kilómetros— de algún centro urbano, aun cuando fuere pequeño. También es necesario pensar en las huéspedes mujeres y su posibilidad de acceso, lo cual hoy es un problema cada vez menor. Nuestra América Latina tan vasta, tiene pocos monasterios femeninos de esta índole. Tal vez por ello es muy grande el esfuerzo que requieren de adaptación, a la vez que de creatividad: el campo, la montaña, el monte, piden un estilo de vivir que no puede ser exactamente el mismo que el de una ciudad.

Los monasterios suburbanos son los más numerosos, sobre todo porque estos cordones de las ciudades, unos residenciales, otros más humildes, acogieron en estos últimos veinte años a una serie de Comunidades contemplativas que decidieron abandonar el corazón de la ciudad. Las zonas suburbanas reúnen las ventajas de la proximidad de la ciudad y de la ausencia de su ruidosidad y ajeteo. Los barrios tienen un cierto sabor provinciano, tranquilo y posibilitado de un aire más puro a la vez que de una mayor accesibilidad.

Requieren estos monasterios mucho menor esfuerzo de creatividad, pues el medio es el mismo que trescientos años antes tuvo la Comunidad cuando la hoy gran ciudad era un pequeño conjunto de barrios que admitía en su centro un minifundio ocupado por monjas. Estos monasterios cumplen una misión insustituible: están al alcance del que quiere retirarse y no tiene tiempo, o medios, o deseos de alejarse demasiado de su casa del centro urbano. A la vez, pueden acoger a comunidades numerosas, tener posibilidad de una economía más desarrollada y tener acceso a cursos o profesores de los centros de formación religiosa. Como todo lo que no está en un extremo ni en el otro, constituyen el centro unificador de los monas-

terios rurales y urbanos.

En tercer lugar están los monasterios urbanos, a los que me quiero referir. Sin duda la sociedad se encamina a la progresiva y desmedida urbanización. Las aldeas de hace cuarenta años son hoy ciudades en crecimiento, las ciudades de ayer han concentrado la población, y algunas han devenido macrociudades: un millón, cinco millones, doce millones de habitantes hormigean por calles flanqueadas de edificios altos, arriba un techo de smog, abajo un ruido de gente, vehículos, movimiento, anonimato, ansiedad. La salvación de esta calle atractiva y cansadora, es un departamento donde el alivio es un poco más de espacio —a veces—, y un poco más de silencio —a veces—, y un poco más de soledad —a veces—. Pero la gran ciudad sigue envolviendo a esta jaula como una gran mano que por momentos hace soñar con largas vacaciones; con, por lo menos, buenos fines de semana; con un poco de cielo, de aire, de silencio, de distensión. Para la mayoría, este sueño es irrealizable.

Ahora bien, me pregunto si estas grandes masas humanas pueden prescindir de una "escuela del servicio divino", de una "sociedad ideal", como llamó a los monasterios el Papa Pablo VI en Montecassino. En su momento, oí a más de una comunidad contemplativa decir que en la gran ciudad es imposible la vida contemplativa. Si esto fuese cierto, la contemplación sería absolutamente inaccesible a los millones de hombres de nuestras grandes urbes. Y no lo creo. El hombre de la ciudad está llamado a orar, está llamado a la contemplación; como lo está el hombre del campo. Se me dirá: están las Parroquias. Pero no me refiero a los centros de evangelización, me refiero a esta otra dimensión que es la oración y la contemplación. No podemos decirles a nuestros hermanos de las ciudades: "Si quieren orar, si quieren encontrarse con Dios, si quieren una liturgia prolongada y orante, vayan al campo o, en todo caso, a la zona suburbana". Tal vez, para pocos que pueden hacerlo, ello sea necesario como momento fuerte. Pero nuestro hombre de la ciudad tiene que tener un lugar donde él aprenda a rezar con smog, con ruido callejero, sin paisaje, sin cielos diáfanos, con ruidos de topadoras, etc. Un lugar donde la gente viva habitualmente como él vive, pero que tenga su corazón clavado en Dios, como definió la contemplación Pablo VI al cerrar el Concilio Vaticano II. Un lugar donde el ayuno, el cilicio, la penitencia en todas sus formas, sea ese ambiente, ese medio sucio e insano que se comparte como una comunión en el dolor con los miles y miles de hombres que arrastran por la calle su cansancio y la polución del ambiente. Nosotros, porque hemos elegido el camino *estrecho*, no podemos ser selectivos de los mejores lugares. Sin duda que la belleza es de Dios y debemos buscarla y quererla, pero no podemos apresarla, dejando solos a nuestros hermanos que no tienen, y la mayoría no tendrá nunca, acceso a esta belleza. Al hombre de la gran ciudad debemos enseñarle a orar en la gran ciudad, y para ello estar a su alcance.

Suele hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo hacer un monasterio —hoy— en la ciudad, cuando los minifundios no son posibles? Por supuesto que un monasterio urbano exige tanto de imaginación creativa como de santidad. Cuando toda la edificación es vertical, es absurdo construir un monasterio con el famoso patio en el centro, los claustros y todo el esquema edilicio que surgió en los campos o en los pueblos muy pequeños. Un monasterio urbano tendría que ser también vertical. Imaginemos varios pisos: uno de talleres y ventas, otro de hospedería, otros de habitaciones o celdas, otro de lugares regulares, otro de biblioteca y aulas y el más alto para un capilla grande, silenciosa, con excelentes liturgias y horas de oración silenciosa. Sabemos bien que los pisos pueden tener una independencia totalmente compatible con la clausura: dos ascensores, etc.

Pero lo más importante no es la "construcción": esto siempre es el fruto de lo que se está viviéndolo y del medio. Lo importante es el estilo de esa Comunidad imaginaria, especialmente sería en la vivencia de los valores monásticos, especialmente silenciosa, especialmente orante, especialmente acogedora: un verdadero lugar donde Jesús, que vive en nuestros hermanos, pueda venir y descansar, donde todos a la vez puedan encontrarse consigo mismos y con Dios.

La Comunidad debe ser estricta, exigente, y a la vez flexible, humana. Su trabajo puede ser múltiple: artesanías, ornamentos, traducciones, investigaciones, asesoramiento espiritual. Todo lo que puede ser una actividad *intra mōnasterii*.

Más de una vez he oído la siguiente objeción: "La gente de la ciudad tiene posibilidad de salir, de ir a otro lugar de vez en cuando, y la monja no...".

Creo que, aun cuando físicamente la mayoría de la gente puede movilizarse, no lo puede hacer por razones económicas. Pero hay algo válido en la objeción y es la clausura. Ella debe permanecer, pero en el caso de estos monasterios, con algunos matices propios. Estas comunidades no pueden ser numerosas, y lo más oportuno sería una dependencia de un monasterio suburbano, donde cada hermano pudiera rehacerse física y espiritualmente: algo así como la periódica vuelta a las fuentes.

Tal vez alguien que lea este "utópico" montaje de un "monasterio urbano" se ría o ironice. No discuto ni defiendo el montaje; sí defiendo la vida interior, el hambre de Dios de toda esa gente que va y viene, se divierte, se distrae, se junta en teatros y en bares y en estadios y en tantos y tantos lugares que ofrece la gran ciudad, pero que no tiene un monasterio donde retirarse por unos minutos o algunas horas, pues no los hay o, si queda alguno, está siempre con las puertas y la Iglesia cerradas. Tal vez otros con más sagacidad encuentren montajes más posibles y más creativos; pero es indiscutible que nuestras ciudades no pueden quedarse, o seguir estando, sin monasterios contemplativos, sin testigos de la oración, sin liturgias tan participadas como recogidas y orantes.

Siempre he admirado a las carmelitas que fundan en los lugares más insólitos y penosos: Dachau, Caucete; Santa Fe (con las celdas pegadas a una panadería, en una simple casa), por no decir Avila y Lisieux. Un profundo sentido de Iglesia y de vida contemplativa misionera las ha llevado a un ascetismo radicalizado que gusta de Dios en medio de la pobreza, inclusive del medio ambiente, del horizonte. Tanto ellas como las monjas de nuestra Orden que están en el corazón de las ciudades, hoy deben repensar su estructura, dentro de su carisma y dentro de su Regla, y dentro, por supuesto, de las leyes de la Iglesia. Repensar sus horarios, su cultura, sus arquitecturas y decoraciones, su calidad espiritual sobre todo.

Quiera Dios que nuestros campos, nuestros cordones suburbanos y nuestras ciudades se llenen de monasterios con características propias, de tal manera que cada uno de ellos sea una palabra de Dios que resuene en los lugares grávidos de belleza, en los barrios grávidos de serena convivencia y en las ciudades grávidas de hambre y sed de Dios.

Monasterio Gaudium Mariae
5153 San Antonio de Arredondo
Córdoba — Argentina

Cándida María CYMBALISTA, osb

MANOS A LA OBRA

HACIA UNA HISTORIA DE LOS BENEDICTINOS EN BOGOTÁ DE 1960 A 1975

Cuando los cuatro monjes benedictinos bajaron del avión aquel 6 de agosto no tenían idea de que ésta era la misma fecha en que se había fundado la ciudad hacía 422 años. Para ellos sólo hacía cuatro meses que la ciudad había llegado a caber dentro de su geografía personal.

La ciudad era Bogotá. El año era 1960. Y los monjes eran Federico Mundt, superior, Adriano Mundt, Anselmo Ruelle, y Lorenzo Wagner.

LOS ANTECEDENTES

La llegada de los monjes a Bogotá se remonta a 1958 cuando el arzobispo de Manizales viajó a St. Mary's Hospital en Rochester, Minnesota (EE.UU.) para su acostumbrado chequeo cardíaco. Allí se encontró con el abad de Assumption Abbey, Richardton, North Dakota, quien visitaba a uno de sus monjes internado en el mismo hospital debido a un accidente automovilístico. El año siguiente el arzobispo Luis Concha Córdoba fue trasladado a Bogotá. Entonces con renovada tenacidad pidió al abad Ignacio Hunkler que hiciera una fundación en su nueva arquidiócesis.

Así se inició el contacto entre Bogotá y Richardton, situados a unos 5000 kilómetros de distancia con muy pocos rasgos afines. Concha (1891-1975) era un hombre insistente. Sus primeras peticiones a Hunkler habían caído en oídos sordos, pero persistió hasta que Hunkler le dijo que si estaba tan interesado, que fuera a la abadía para hablar directamente con el capítulo del monasterio.

Por eso, Concha, hijo del distinguido diplomático y ex-presidente de la república, José Vicente Concha (1867-1929; pres. 1914-1918), educado en Roma mientras su padre era embajador en el Vaticano en los años 20, que había viajado mucho y era políglota, poco después de ocupar el arzobispado de Bogotá en mayo de 1959, en el otoño de su vida, viajó a Richardton donde sacó a la luz todas sus habilidades de diplomático con el fin de convencer a los monjes llaneros para que tomarán a su cargo un colegio para varones en Bogotá. Llegó a aquella región sumamente rural en la primavera del norte de Dakota. Era abril de 1960.

Su estadía no sería en vano.

Después de la invitación a fundar y encargarse de un colegio para varones de alta calidad académica y de formación profundamente cristiana, los monjes "después de debatir los pro y los contra" durante dos horas y sabiendo que era la volun-